

VI Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM

“Tierra: historias que siembran”

Su herida, nuestro puñal¹

Autora: Alejandra Bedoya Galleo

Galardón: Ganadora en la Categoría Infantil

En sus últimos días no era más que un pedazo de polvo árido, agrietado, demacrado, desamparado ante la mirada de miles de millones de astros que se burlaban de su condición. Se habían olvidado de ella, le habían dejado en un ingrato olvido. Su inminente muerte le terminaba de retorcer las entrañas, mientras el abandono le hacía entrar en una fosa de malas memorias. Dejó de ser la madre compasiva, afectuosa y enternecida. Ya no tenía fuerzas, estaba atiborrada de dolor, pues la miseria que padecía su cuerpo era fruto de una evidente ingratitud que, durante miles de años, se presentó con el nombre de “civilización”.

Recuerda con cariño el día del parto, cuando todavía era joven y esbelta; llevaba esperando el momento por mucho tiempo. Aún revive aquel torbellino de energía que le perforó el vientre, donde la candidez del primer nacimiento humano se fusionó con el calor que ella emanaba de su centro. Irradiaba de felicidad, lograba esconder el dolor que le había causado la perforación entre la alegría que le producía darles la bienvenida a sus hijos, pues sabía que eran especiales, auténticos.

¹ Al texto únicamente se le modificó el formato y se le reemplazaron los guiones cortos (-) por guiones largos (—). Lo demás permanece igual a como fue enviado por la autora para participar en el concurso.



VI Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM

“Tierra: historias que siembran”

Eran unas extrañas criaturas: tenían dos extremidades con las que se desplazaban, dos con las que se apoyaban y una más formada con la que razonaban, todas ellas adheridas a una especie de tronco. Poseían capacidades excepcionales y una mente brillante que les permitía ahondar en su existencia. Les nombró humanos. Vivían en un constante pensar; se quedaban horas en realidades construidas bajo una cortina de sombrías inclinaciones, al mismo tiempo que establecían patrones para “ordenar” lo que luego llamaron “sociedad”.

Durante años, aquel Edén se mantuvo en paz; eran conscientes de cómo cohabitar, y se permitían una hermandad. Era hermoso observar la presencia de un lazo tan fuerte entre madre e hijos. Se veneraban mutuamente y nunca perdían la esencia de aquella conexión ancestral formada en el parto.

Lástima que aquello no duró mucho, pues de ellos empezó a surgir algo oscuro, un sentimiento de dominio. Los humanos habían olvidado lo que era propio de su existencia, el amor. Junto con su ‘evolución’ desarrollaron un sinfín de males. Competían entre ellos, se envidiaban mutuamente, querían dominar unos sobre otros y se rebajaron a ignorantes posesivos.

Ella empezó a sentir molestias; fuertes dolores que penetraban su vientre y le dejaban con enormes agujeros. Sus hijos no paraban de agredirle, estaban tomando el control de su superficie e invadieron su aire con toxinas.

Esa ‘sociedad’ constituida por el ego de lo que pasó de un ser viviente a una plaga, se tornó en un campo de foscas



VI Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM

“Tierra: historias que siembran”

intenciones, donde la ceguera de poder no les dejaba ver que lo que estaban denotando como ‘progreso’ era, en verdad, una indudable falta de consciencia.

‘Caos’ era la definición para lo que una vez fue una hermosa creación. La madre, Tierra, se ahogaba en lloros, y provocaba enormes tempestades de ira al ver cómo sus hijos, a los que dio con tanto fervor a luz, estaban en el ojo de su propia extinción.

Era el año 2430, sus planes de prevención fracasaron. El sueño de ir a marte, la idea de un mundo verde, el ‘todos unidos’, se echaron a perder. En la batalla de todos contra todos, nadie ganó.

Antes de morir, el último humano, abrió un hoyo en la desértica superficie y plantó una rosa, la regó con minúsculas gotas de agua y cayó tendido sobre las grietas cicatrizadas de su madre. Dio su último respiro diciendo: “Perdónanos, te hemos fallado”.

Fundación **epm**[®]

